

## La noche, las luces



*reloj de arena, 49*

Clemens Meyer

# La noche, las luces

Traducción de Ernesto Calabuig



menos**cuarto**

*reloj de arena*

Colección dirigida por FERNANDO VALLS

Título original: *Die Nacht, die Lichter*

Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 2008

© Clemens Meyer, 2008

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main, 2008

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2011

© de la traducción: Ernesto Calabuig

La traducción de este libro ha recibido  
una subvención del GOETHE-INSTITUT.

ISBN: 978-84-96675-45-2

Dep. Legal: P-46/2011

Diseño de colección: ECHEVE

Fotografía de cubierta: JAVIER AYARZA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1ºF

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# La pequeña muerte

«Que te vaya bien», dice ella y coge su bolso de encima de la cama. Hago un gesto de asentimiento y ella se marcha.

La oigo en el vestíbulo del apartamento, allí no tengo ninguna luz, y le lleva unos instantes encontrar la puerta. Me vuelvo hacia la pared, pero ella cierra la puerta de la vivienda con mucho cuidado. Su partida, la despedida, la mano que en vano se desliza por el hombro y el brazo, el quedarse tumbado. Y los sueños. La pequeña muerte. No, la muerte viene después, cuando te quedas solo y no viene nadie más.

Escucho pasar un tren urbano sobre el puente. Giro la cabeza y veo las luces de los vagones de dos pisos a través de la persiana. El tren va despacio y lo oigo todavía un ratito una vez que las luces han desaparecido hace tiempo. Trasteo detrás de mí, revolviendo encima de la mesa, buscando el cigarrillo que dejo allí cada vez. Ya hace algún tiempo que dejé de fumar, pero se trata, en cada ocasión, de ese único cigarrillo. Siempre subo antes a ver al desdentado que vive arriba del todo, un

tipo delgado como un fideo que comparte piso con una gorda.

«El cigarrillo», masculla él y ríe con gesto burlón. Siempre me llama «Christian», aunque yo no me llamo así, y miro la última colilla marrón que asoma en su boca. Aguardo siempre junto a la puerta, él se da la vuelta y camina por el pasillo hasta el dormitorio. Desde allí le oigo trajinar y luego la gorda mira desde la puerta de la alcoba. Ella lleva una especie de camisón y sus pechos le caen sobre la tripa. Sonríe y tengo miedo de que salga del todo de la habitación. Pero el desdentado grita cualquier cosa y la hace desaparecer. El cuchitril huele bastante a aguardiente y, cuando el desdentado se presenta de nuevo ante mí sujetando el pitillo entre sus manos flacas, apesta también como quien no para de tragar alcohol. Apenas le entiendo cuando dice algo. Y esto no es sólo porque casi todos sus dientes hayan desaparecido. Algunas veces me imagino que la gorda le da mascada la comida.

Cojo el cigarrillo y lo enciendo. Me vuelvo para tumbarme de espaldas y busco a tientas el almohadón, pero no lo encuentro.

«Eres tan frío», me dice ella a veces. Miro hacia la manta. Se ha acercado el almohadón y lo interpone marcando la distancia. Alargo mi brazo hacia ella, pero sólo toco el almohadón. Me levanto, voy hacia la ventana y, a través de la persiana, miro hacia el terraplén al otro lado. Una escalera conduce arriba, hacia la esta-

ción de metro. Farolas con luz amarilla. Por ahí viene un hombre, con mucha lentitud descendiendo por la escalera. Doy la vuelta y me aparto. «Eres tan frío», dice ella, y yo me palpo la cara con ambas manos, pero no puede estar más caliente.

«¿Vas mañana a la oficina de empleo?», pregunta ella. Yo asiento. «Es que la semana pasada tampoco estuviste.»

«No. Pero mañana...»

Empujo con el dorso de la mano la ceniza en el alféizar de la ventana y vuelvo junto al almohadón. Hay ceniza en la mesilla de noche y la barra de un soplido. Me he fumado el cigarro del todo, hasta el mismísimo filtro. Dejo el filtro con mucho cuidado sobre la mesilla con la brasa hacia arriba. Observo el humo, que asciende muy recto formando una línea delgada, la brasa se extingue despacio y cierro los ojos.

Escucho un tren urbano pasar sobre el puente, hasta las diez pasa cada veinte minutos. Lo tomo para ir a la oficina de empleo, temprano por la mañana, cuando allí todo transcurre aún con rapidez, lo que me permite regresar también de modo rápido, usando el mismo billete para el trayecto de vuelta. Pero eso sólo ha ocurrido dos o tres veces a lo largo de años.

Recorro los pasillos luminosos y blancos, estoy cansado y veo los números junto a las puertas. Me he quedado dormido en el vagón de metro y me ha despertado el hombre bajito que lleva bigote de mostacho. «Citas», dice, «Citas». Vive un par de casas más allá, pero no lo he visto subir. Va mucho a la oficina, y en otras

ocasiones le veo pasar a menudo sentado en el vagón de metro, sólo en su ventanilla, quizá viaja a veces de extremo a extremo de la línea, de final a final.

Recorro los luminosos corredores blancos, el hombrecillo ha desaparecido en algún lugar, veo los números junto a las puertas, sillas, gente, y tomo asiento. Puertas que se abren, gente que se esfuma en el interior, gente que vuelve a salir y recorre los pasillos. Miro de nuevo los números de las puertas, algo no cuadra, me pongo en pie. «Pero si siempre era aquí...»

«No», dice la mujer de la chapa colgada en el pecho. Estoy cansado y no quiero mirar su pecho. «Ahora están al otro lado, en el edificio B.»

«Edificio B», digo yo. Miro alrededor, pero la mujer ya no está. Tiro de la manga hacia atrás, pero no tengo reloj. ¿Dónde está mi buen reloj plateado? Es un regalo de hace un par de años. «Citas», dice ella, «para que siempre recuerdes tus citas».

Recorro los luminosos corredores blancos, de nuevo aparece el hombrecillo del bigote, de pie en una puerta abierta, la espalda algo curvada.

Tal vez dice algo, pues su cabeza se mueve, pero sólo oigo la voz de una mujer: «¿Y no ha podido venir usted hasta ahora?».

Paso delante de él, camino del ascensor. Pulso ambos botones, una flecha hacia abajo, una flecha hacia arriba, y espero. Hace *ding*, pero en otra parte. Espero. Llega el ascensor en completo silencio, se abren las puertas, entro. Nadie más entra. Tampoco tiene espejo.



Pulso «planta baja», las puertas se cierran y nos ponemos en marcha.

Nos ponemos en marcha. Miro por fin mi buen reloj plateado. Aprieta con fuerza mi brazo y dice: «Llegamos demasiado tarde. Tú llegas demasiado tarde. No te lo darán por llegar demasiado tarde».

Quiero decir algo, pero miro las agujas de mi reloj. Estamos sentados en el vagón de metro, aprieta mi brazo con fuerza, tanta que hace daño. Miro alrededor buscando al hombrecillo del bigote.

«Porque no tienes automóvil...», dice ella, e intento deslizar la manga de la chaqueta hasta tapar mi reloj y su mano. Cierro los ojos y escucho cómo pasa el metro sobre el puente. Abro los ojos y veo cuatro filtros de cigarrillo sobre la mesilla que está a mi lado. Oigo un *ding* y luego un *dong* y me levanto. Voy hasta la ventana y, a través de la persiana, miro hacia afuera. Hay un hombre ante la puerta de la casa, detrás de él un pequeño Volkswagen metalizado de color plateado. De nuevo *ding* y después *dong*. Quiero ir hasta el timbre y desconectar el cable, planeo hacerlo durante unos instantes, pero me voy a la cama y me acuesto.

El timbre está mudo. Enseguida lo intentará el hombre en otra parte, pero el inmueble está vacío. Sólo las dos *bellezas* viven arriba del todo. Y espero que no estén, o que la gorda esté echada sobre su pareja y así él no pueda llegar hasta el telefonillo. Y que antes de

que ella logre alcanzar la puerta haya desaparecido el pequeño Volkswagen plateado.

Tiro de la manta hasta taparme buena parte de la cara. Sólo mis ojos están aún ahí. Y luego, tras un rato (¿o han sido sólo un par de segundos?) escucho la puerta de un coche cerrándose de golpe, y luego —de nuevo se mantiene— el ruido del motor. Tras esto llega el silencio. Tanto silencio que siento miedo de que el teléfono pueda comenzar a sonar. Escucho con atención y aguardo. No quiero tirar del registro de la pared, y tal vez, después de todo, hace ya tiempo que la conexión esté muerta, no necesitan venir para cortar la línea.

«El cigarrillo», masculla el flaco y sonríe burlón, y pregunta también: «¿Quieres entrar a tomar una cerveza?». Pero yo digo: «No. Ella debe estar al llegar». Y él vuelve a sonreír con ironía. Me parece que cada vez tiene menos dientes.

«Christian», masculla y guiña un ojo. Una vez sí que estuve en el interior de su apartamento, debe de hacer de eso un par de años, pues entonces aún tenía yo coche, un Volkswagen Golf metalizado, de color plateado... No, algo no cuadra: yo tenía uno de esos pequeños coches japoneses y era blanco...

Vemos la tele, el flaco se adormila poco a poco, la botella de licor entre sus piernas. Quiero despertarlo, pero ella sujeta mi brazo con fuerza y coge la botella. «Estás muy solo, Christian», dice la gorda. «No, no», digo yo, «mi chica debe estar al llegar».

«Christian», dice ella, y ahora lo que sujeta es mi mano. ¿Cómo es que no sabe cómo me llamo? Quité la

placa con mi nombre de la puerta, pero de eso sólo hace un par de semanas. Y ella vive ya desde hace años en la casa, lo mismo que yo. «Eres tan frío», dice ella.

Salimos de excursión. Es otoño, y estuvimos la última vez en el lago a comienzos de agosto, ¿o fue en el verano anterior? «Está demasiado frío para bañarse», dice ella, pero yo comento: «No pasa nada porque nos quedemos sólo así, contemplando el lago». Lo contemplo. He dejado mi bicicleta apoyada en un árbol y miro el lago. No hay nadie más. Es un lago bastante pequeño. El agua está oscura: es cosa del cielo. Llevo algunas cartas en el bolsillo de la chaqueta, de la oficina de empleo, de la compañía de la luz y el gas y de personas que no conozco. Hay también una carta de ella y me aproximo al agua, tanto que casi moja mis zapatos. Ahora llega una ola pequeña, se ha levantado viento, pero permanezco ahí quieto y arrojo las cartas al lago. Se quedan unos momentos próximas a la orilla, luego se dispersan, me doy la vuelta y regreso hacia el árbol. Detrás de él hay un pequeño talud y más atrás la autopista. Puedo escuchar su zumbido. Nos ponemos en marcha. A lo largo del talud hay pequeños montones de basura, botellas vacías, cajetillas de tabaco, papeles. Conduzco despacio, me giro y contemplo el agua, pero las cartas han desaparecido. Cuando me vuelvo de nuevo veo una: una minúscula mancha blanca cercana a la orilla. Sigo pedaleando y no vuelvo a mirar atrás, pues sé que la pequeña mancha blanca ha desaparecido.

Estoy sentado en un banco junto a la carretera. A unos doscientos metros de donde me encuentro hay un

pueblo, más atrás otro y luego la ciudad. Anochece, y a mi espalda el cielo se ha puesto rojo. Fumo un cigarrillo, no sé de su procedencia, es una marca diferente de la que fuma el flaco. Hace tiempo que no subo a verlo. Sólo de vez en cuando oigo a su *belleza* —así la llama él—. Ella arrastra hacia la casa los cubos vacíos y los mete detrás, en el patio, cuando la recogida de basuras ha pasado. Quizá el cigarrillo sea del hombre bajito con bigote, pero él fuma cigarrillos de liar. «Me acostumbré a ellos en el servicio militar», dice él. «¿Dónde serviste?», pregunto. «Pues aquí y allá», dice él, «tiempo de sobra». Sé a qué se refiere. Tiene algunos tatuajes y algunos niños que juegan casi todo el día en la parte alta del terraplén. «Como estuve tanto tiempo fuera», dice el hombrecillo, subiendo tanto los hombros que casi hace desaparecer la cabeza, «he servido tiempo de sobra». Su mujer es tan pequeña como él. La veo a veces cuando recoge a los niños del terraplén. Se han posado dos moscas en mi pierna, no se mueven ni cuando trato de espantarlas con un soplado. Es la estación del año en que mueren las moscas. Simplemente se quedan sentadas en mi pierna, muy juntas, una de ellas mueve sus alas, sólo un poco, y yo me pongo en pie con cuidado.

Son las diez. El cero azul cambia al uno. Busqué mucho hasta encontrar un despertador con dígitos azules. Estábamos en una tienda en la que sólo había relojes. ¿Fue allí donde ella me compró el reloj bueno plateado? El pequeño uno azul pasa a las dos. Me quedo de

pie en la oscuridad, sin moverme. No será clara la mañana, cosa del cielo. Está vacío el contador de dígitos del despertador, pero observo las manecillas en mi muñeca. Los de la compañía de la luz se pasaron por aquí y la vivienda está a oscuras. No sé cuánto hace de eso. Y echo de menos los numeritos azules. Quiero acostarme de nuevo, pero no puedo dar con el almohadón. *Ellos* han llamado a menudo, el teléfono también funciona en la oscuridad. «¿Por qué no ha acudido a su cita?» Quiero contarles del hombre bajito con bigote, que ya no toma el metro, pero me limito a decir: «En los últimos tiempos estoy siempre cansado».

«Tendremos que bloquear su dinero.»

«Es cosa del despertador», quiero decir, pero seguro que saben del buen reloj plateado de mi muñeca.

«Soy yo», dice ella desde alguna parte. Y yo digo: «¿Cómo te va? ¿Dónde estás?».

«Bien», dice ella, «te he llamado varias veces».

«Tal vez estaba paseando», digo, y entonces se escucha un *clic*, desde allí, desde donde ella está. Conozco ese sonido: es un encendedor, y ella no fuma.

Mantengo un rato apartado el auricular, pues el *clic* sigue moviéndose en el interior de mi oído. «¿Dónde estás?», digo, y escucho su voz y callo luego y espero hasta escuchar de nuevo *clic*, pero esta vez un sonido diferente, muy diferente, y ella ya no está. Voy a la mesilla y cojo mi encendedor. Lo enciendo, lo apago, vuelvo a encenderlo. He ordenado los filtros formando un

círculo. Dejo que la llama prenda un poco y luego quiero volver a escuchar el sonido. La pequeña muerte. No hay un solo sonido en la casa, hasta la nevera se mantiene en silencio en la cocina. Dejo con cuidado el encendedor sobre el almohadón y voy a la ventana. Miro a través de la persiana al otro lado, hacia el terraplén. Las farolas iluminan amarillas, debe haberse hecho de noche.

Estoy de pie bajo la luz amarilla y miro la calle y luego mi casa: todas las ventanas a oscuras, también el flaco y su *belleza* están sentados en la oscuridad, aunque quizá hayan salido, es principio de mes. Bajando la calle hay una taberna pequeña, pero tal vez estén donde los italianos del barrio vecino. El flaco chupará espaguetis con su boca desdentada mientras ella lo mira y sonrío.

Me siento en la escalera, la botella apretada entre mis piernas. Desenrosco el tapón y lo lanzo lejos. Algunos coches pasan por la calle, ha refrescado, y bebo. Luego se enciende la luz arriba del todo, en el cuarto piso. Han retirado las cortinas, pero no se ve a nadie en la ventana, sólo un gran oso de peluche sentado en el alféizar. Noto mi sonrisa en las comisuras de los labios, cojo la botella, echo la cabeza hacia atrás y bebo. Hay un avión en el cielo, se escora un poco hacia un lado, describe un arco hacia el aeropuerto de las afueras de la ciudad.

«¿Cómo estás?»

Bajo la botella y se la ofrezco al hombre bajito. Se ha quitado el bigote. Su cara está hinchada y su labio superior queda oculto bajo un gran esparadrapo. Echa la cabeza hacia atrás y bebe y mira el avión.

Después se sienta a mi lado. «Estos superpuntos de sutura tan maravillosos...», dice y se toca ligeramente el labio superior, «se disuelven solos, por completo, al cabo de un rato». Trata de sonreír, pero lo deja, seguro que le duele. «Superpuntos de sutura maravillosos», digo yo y él asiente. Me ofrece uno de sus cigarrillos liados a mano. «¿Aún vas en metro?» Niego con la cabeza y él asiente de nuevo. Está sentado muy cerca de mí, y yo siento cómo se va relajando y cómo reposa con su hombro apoyado en mí. Bebemos y callamos.

Estoy de pie junto a la ventana y miro a través de la persiana hacia el otro lado, hacia el terraplén. Las farolas lucen amarillas, debe de ser ya de noche. Hay un hombre de pie a la luz de las farolas. Se da la vuelta y desaparece.